

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre. 2'00
Extranjero 3'00

COMENTARIOS ACERCA DE LA AMNISTÍA

En el palacio de la mediocridad, allí donde se reúnen unos cuantos hombres vulgares, que tienen la pretensión de creerse representantes del país, que se consideran superiores a las demás gentes, se hacen en estos días torneos oratorios con motivo al proyecto de amnistía recientemente propuesto por el Gobierno.

Desconfiamos de la eficacia que puedan tener estos alardes un tanto efectistas, expresados a flor de labios, con más o menos efocuencia. El ambiente que se respira allí es tan poco elevado, tan frío, tan de nulidad y de farsa, que difícilmente pueden sustraerse a él los que realmente se pongan hablar con sinceridad. Desconfiamos también de la sinceridad que se pregona, pues que el hecho de pregonar la tanto, demuestra, más que sobradamente, su ausencia, lo extraño que es ser sincero entre tantos hombres que no lo son, que tampoco pueden serlo. Estos hombres que se reúnen en el Congreso para legislar, no pueden nunca llevar a cabo una obra útil, ni siquiera aceptable; a veces, algún diputado, todavía no adaptado a las normas corrientes, usuales en los parlamentos, podrá decir algunas verdades, tanto más crudas cuanto menos acostumbrados están los demás a oír las; pero pronto él mismo se olvida de las verdades que dijera, para colaborar con los otros en la obra que a todos ellos está encomendada. Inútil será decir que el objeto que allí les lleva y les reúne, es completamente ajeno al interés general. Por esta causa, los discursos, la oratoria más o menos brillante, los sendos diltambos retóricos de que se hace gala, resultan en un vano análisis, ramplones, vulgares, mediocres, toda vez que no han de modificar en nada el curso de los acontecimientos, que se suceden unos a otros, al margen de la vida política. De nada servirán las verdades que algún político pueda decir desde su escaño parlamentario, aunque el tono en que las pronuncie sea sincero, al mismo tiempo que energético. Su voz queda ahogada, en principio, por las voces de los otros, después, por sus hechos posteriores, que siempre son contrarios a la verdad. Un político no está nunca de acuerdo con la verdad. Podrá, a lo sumo, en sus primeros pasos, en el apasionamiento de la primera hora, confiar en su esfuerzo, admitiendo que vaya a la política animado por los mejores deseos. Pero luego, cuando ya ha tenido ocasión de advertir la inutilidad, los resultados negativos de toda labor hecha con aquellas normas, si continúa debatiéndose en la gran farsa, no puede nunca, ante ningún aspecto de la vida, alegar que es la justicia y la verdad, las que defiende y le mantienen en su puesto, porque la justicia y la verdad están siempre muy lejos de los parlamentos, donde continuamente se las escarnea...

Me han sugerido estos comentarios, las charlas pesadas y superficiales a que ha dado lugar el ya mencionado proyecto de amnistía. Alrededor de él gira en estos momentos la mayor parte de la vida política. Muchas gentes sencillas acarician todavía una esperanza; piensan en los hombres que sufren la falta de libertad, precisamente por haber pensado antes en que todos fueran libres. Oyen decir que éste o el otro diputado hará una interpección con este motivo, y he aquí ya el mostrarse inactivos, el no hacer nada aguardando que salga de allí la amplitud del proyecto, el acuerdo de que la amnistía se modifique y proporcione la libertad a todos los que no debieron ser privados de ella...

Analizando en conjunto esta callada espera, sufrimos un rudo golpe en nuestro optimismo. El hombre que espera, las colectividades que aguardan de los demás aquello que desean, dicen muy poco en favor de las aspiraciones por un futuro mejor, de hombres libres, con voluntad de serlo. El que nada hace por conseguir lo que quiere y deja encomendada a otros la labor que a él estaba encomendada, es, además de un abúlico, un incapaz de todo esfuerzo y de todo sacrificio. Así ocurre ahora con la amnistía. Pudiera decirse que

todo el pueblo español la quiere, la desea pero nadie se decide a exteriorizarlo; todos esperan que salga ampliada del parlamento. Antes la esperaban confiados del Gobierno; por doquiera se oía decir que lo habían prometido, que era ya una deuda contraída.

Después de la burla que extraña el menudado proyecto gubernamental, se desvanecieron las primeras esperanzas; ahora el pueblo, siempre confiado, siempre ingenuo, espera en los diputados llamados populares.

Nosotros no tendríamos nada que decir de todo esto si no estuviéramos convencidos, absolutamente convencidos, de que es inútil toda espera; y, aunque ahora no lo fuese, el pueblo debe capacitarse para no esperar nada del esfuerzo ajeno; no debe consentir que le den como una limosna lo que por justicia él había de reclamar.

Supongamos que el proyecto de amnistía se amplie en los debates del parlamento. ¿Significará esto el triunfo del parlamentarismo? ¿Supondrá acaso que el esfuerzo de unos pocos, muy pocos diputados, ha logrado modificar el proyecto? No en modo alguno. Si el Gobierno lo ha redactado con el propósito de que no se modifique, ya pueden discursar los diputados que deseen ampliarlo, ya pueden gritar y decir verdades, rara vez por ellos dichas. El proyecto no se modificará. Si se modifica, si se amplía, es porque de antemano el Gobierno había contado con este aspecto de la cuestión. No son los diputados quienes pueden imponer su criterio donde hay otro criterio ya impuesto.

¿Hay una mayoría de hombres que desean la amnistía? ¿Hay por lo menos conciencia en este deseo? Si así es, la libertad de los presos puede ser un hecho. Si, por el contrario, hay deseo sin voluntad para realizarlo, inútil será por ahora toda esa granjería ensordecedora que no ha de dar resultados.

Que señalen su actitud aquellos que tienen interés en que recobren la perdida libertad los que no es justo, ni es humano que la perdieran. Pasó ya el tiempo de implorar en son de queja, lo que se considera labor de justicia y de humanidad.

Después de estar compuesto el anterior artículo, se ha discutido en el Congreso el proyecto de amnistía. En una sola sesión se ha aprobado. Como presentíamos, nada se ha inten-

tado por parte de las izquierdas para ampliarlo. Estas, incluso la minoría socialista, han guardado la obstrucción para otros debates, para aquellos en que se ventilan grandes negocios y los cuales, al final, pueden tener alguna participación como precio a su silencio.

El pueblo, que esperaba un amplio debate para que la amnistía fuese ampliada, puede seguir esperando...

Entre tanto, los presos quedarán en el encierro, después de haber servido de bandera electoral a esas izquierdas que ya los han olvidado.

¡Si al menos la lección sirviera para lo sucesivo...!

Fragmento

Un hombre pudiera llegar a ser tan rico, tan poderoso, tan oportuno, en circunstancias angustiosas para los individuos y para los Estados, que adquiriese la Venus de Milo, el Apolo de Belvedere, el viejo Sileno y la Victoria de Samotracia; suponemos que, una vez dueño de estas maravillas del Arte, las escondiera en un ignorado subterráneo y dijera a sus conciudadanos públicamente: «Toda propiedad es sagrada; en ejercicio de este sacrosanto derecho, dueño soy de las más preciadas joyas de la escultura universal; en adelante, nadie las contemplará sino yo, y a mi muerte, servirán para los cimientos del alcázar de mis herederos.» ¿No se sublevará la conciencia pública ante el proceder de un insensato que así entendiera, en perjuicio de la cultura, la belleza y el arte su pretendido derecho de dominio?

Supongamos también que, antes de ser declarados monumentos nacionales, otros edificios adquiridos en propiedad los más hermosos edificios de nuestra arquitectura civil, el palacio de Monterrey, el magnífico Alcázar sevillano, la Casa de las Conchas, las murallas de Aylla y otras cien preciosidades andalugas, en virtud de sus títulos de posesión y de propiedad plena, las hubiera destruido para utilizar los sillares en construcciones vulgares y anodinas, como ha ocurrido con innumerables bellezas de piedra. ¿No diríamos que había realizado un delito de lesa humanidad e invocado un derecho que no puede llegar a la barbarie, para realizar un hecho abominable, digno de la sanción más enérgica dura e inflexible?

Sin embargo, lo que nos parece absurdo cuando se trata de monumentos y riquezas artísticas, se nos antoja lícito cuando se refiere a la tierra, al suelo fecundador y maternal. Hombres tan acaudalados como desaprensivos han comprado inmensos bosques a bajo precio y los han talado y convertido en páramos estériles; han adquirido grandes latifundios y los han dejado sin cultivo, trocándolos en inmundos eriales en que se incuban todas las plagas; pueblos enteros de las cercanías han tenido que emigrar, acosados por la miseria y la desesperación. No importa; los individuos que así aniquilan el planeta son propietarios, guardan su titulación con arreglo al Código civil y a la complicada ley Hipotecaria.

ANTONIO ZOZAYA

Socialismo

¡Socialismo! ¡Qué bello era y a lo que se ha reducido!

Nació fuera de las especulaciones filosóficas, de los sueños utopistas y de las revueltas populares, el socialismo se anunció al mundo como la buena nueva de la era moderna. Era una promesa de civilización superior; era la rebelión contra toda opresión y toda injusticia; abolición del odio, de la competencia, de la guerra; el triunfo del amor, de la cooperación, de la paz. Era el advenimiento del bienestar y de la libertad para todos, la realización en lo futuro de aquel Edén que la fantasía del pueblo y de los poetas, llena de ideales e ignorante de la Historia había señalado como origen de la humanidad.

Representaba la dicha humana por excelencia, y elevándose sobre los sentimientos de raza y de patria, sobre los de religión y las preocupaciones de toda escuela filosófica, sobre las de clase y las de casta, unía a todos los hombres y a to-

das las mujeres en un santo ideal de igualdad y de solidaridad.

No pedía la sustitución de un partido por otro, de una clase por otra clase; no pedía el advenimiento al Poder y al uso de la riqueza de un nuevo estado social (cuarto estado), sino la abolición de clases, la solidarización de todos los seres humanos en el trabajo y en los goces comunes.

Y entonces los socialistas fueron apóstoles y mártires; sentían que en sí mismos llevaban un mundo nuevo, tenían la conciencia de su misión sublime, y esta conciencia les hacía bondadosos y les daba valor y energía.

Ignorantes o doctos, jóvenes ingenuos o ancianos curtidos en otras luchas; parte escogida del proletariado o hijos de la burguesía, en rebelión contra la clase de la cual habían nacido, que consideraban sus privilegios de nacimiento como una deuda que les imponía mayores deberes para la causa de los desheredados, todos tenían fe en el bien y en sí mismos, amaban al pueblo, poseían la ciencia y eran combatientes decididos y temerarios, y valerosos afrontaban la bafa y la calumnia, las pequeñas y las grandes persecuciones, la cárcel y el presidio, la miseria y el patíbulo; y aun así marchaban siempre adelante.

Entregados a una lucha a muerte contra todas las instituciones políticas, económicas, religiosas, jurídicas y universales del mundo burgués; tropezando con tantos prejuicios; teniendo que resistir a seducciones y amenazas de todas clases, se separaban de los explotadores y mixtificadores del pueblo, tanto por repugnancia natural como por táctica de combate; se separaban, repetimos, en absoluto, de todo lo que no era pueblo y de los que no luchaban por la emancipación integral del proletariado. Y así formaban un partido valeroso, una escuela fraternal, estamos por decir que una clase distinta de las demás.

Solos contra todos, escribieron en su bandera el lema que tiene fe en sí mismo y en su propia causa, el lema santo del día del combate: *el que no está con a su alrededor a todos los miserables, a todos los oprimidos, a todos los que hacían propia la causa de los desheredados y luchaban por la justicia, por la libertad y por el bienestar general, al par que tenían por enemigos a todos los Emperadores, a todos los Papas, ministros, polizontes, explotadores, agiotistas, usureros, a todos los representantes de las religiones y a todos los farsantes, fueren de lo que fueren.*

Entonces no había ni otro socialismo ni otros socialistas.

Hoy existe también un socialismo que sólo sirve para engañar al pueblo con vanas promesas, a fin de mantenerlo dócil y convertirlo en escabel de ciertas ambiciones; hoy hay socialistas que se prostituyen en las casas reales y en los Parlamentos, que se postran ante los ministros, que aclaman a un Emperador, que se venden a un soldado, que engañan a sus compañeros, que degradan sus ideales, su programa y su conciencia para conseguir un voto que valga y poder introducirse entre la burguesía.

Socialistas, todos, hombres sencillos y puros, aquellos en cuyos pechos hierve el santo amor de la humanidad, y los alucinados por falsos amigos, hacéis inconscientemente la causa de la burguesía. ¿No os avergonzáis viendo vuestra bandera gloriosa arrojada al fango?

¡Oh, no! Esos mercaderes de votos, esos comediantes, no son socialistas: son vuestros mayores enemigos y debéis arrojarlos de vuestro lado.

¡Y vosotros, buenos trabajadores, socialistas verdaderos, volved, tornad a la lucha formidable que suprimirá del mundo la miseria y la esclavitud!

ENRIQUE MALATESTA

NOTAS AL MARGEN

Esas lenguas, esas plumas...

No somos maestros en el bien hablar, ni mucho menos; como cada hijo de vecino, cuando la desvergüenza de los de arriba o la estulticia de los de abajo despierta nuestra indignación, salen de nuestra boca y de nuestra pluma frases de las llamadas gordas e interjecciones de las anatematizadas por la Liga del Bon Mot; esa liga, que tiene o tenía por misión escardar de palabras malsanantes la lengua catalana, como pudiera dedicarse a escardar cebollinos.

Hecha esta declaración, que creemos pertinente para que alguien no nos confunda o nos compare con una pudibunda hija de María, vamos al grano.

Y el grano en esta ocasión, no es un grano metálico, como pudiera creerse; se trata realmente de un grano del tamaño de una sandía que le ha salido a nuestra propaganda oral y escrita; un grano infecto, cuyas purulencias son esas frases de burdel, dicho sea con perdón de los burdeles; ese vocabulario callejero, que si está bien para los usos domésticos y corrientes, resulta arbitrario y hasta un poquitín bárbaro cuando se emplea en el mitin, en la reunión societaria o en la hoja impresa.

No son, volvemos a repetirlo, estas consideraciones nuestras, remilgos de monjita; creemos que nuestra misión es llamar a las cosas por su nombre y que el eufemismo y las medias tintas, no son lo más apropiado para cantarles las verdades a nuestros enemigos; claridad en los conceptos y concisión y energía en el lenguaje; ese debe ser nuestro lema, si aspiramos a que las gentes nos entiendan y nos respeten.

Pero... ¡Compañeros! Andan sueltas por esos mundos cada lengua y cada pluma, que, por lo que hablan y escriben, estaría mejor que sus respectivos propietarios se las metieran... (ya íbamos a caer en la falta que censuramos!) Vamos, que algunos apreciables compañeros confunden el mitin y el periódico con el seno de la familia y se anegan a la grosería y a la estridencia, no es más que el lenguaje de un puerco, pados o por mejor hacerse entender al respetable público.

Bien está que al pan se llame pan, al vino, vino, y al capitalista ladrón; no sobran nunca la crítica contra el ambiente social que nos rodea; el discurso demolidor y el apóstrofe sangriento dirigido a nuestros contrarios y detractores; pero con mala herramienta no puede hacerse un buen trabajo, ni con un lenguaje grosero, que es la herramienta del propagandista, puede hacerse buena labor social; la tribuna pública y el periódico no son el arroyo, el taller o la taberna; si en estos sitios podemos ciscarnos sin reparos, no ya en la retórica sino en lo que se llaman conveniencias sociales, al presentarnos en público, debemos huir de la estridencia, del vocablo inculco y de la interjección canallesca; una verdad no es más verdad porque la proclamamos o la hacemos apelando a lo que pudiéramos llamar secreciones del léxico; si, como proclamamos a todas horas, somos partidarios de la cultura, debemos desterrar de nuestro vocabulario todas aquellas palabras que, sobre no vencer ni amilanar al adversario, dicen muy poco en favor de quien las escribe o las pronuncia. No hemos pretendido ejercer de maestros Ciruela; también a nosotros, como decimos al principio de estas líneas, se nos vienen a la punta de la pluma los giros y modismos que aprendimos en el arroyo, y unas veces los soltamos y otras no; mas no por esto, y sin caer en exageraciones de mojigato, dejámos de creer que faltan bozales para ciertas plumas y ciertas lenguas, entre ellas las nuestras, que andan sueltas por esos mundos de la propaganda.

JUANONUS

CONTROVERSIA

El grupo «Juventud Acrata» y la Juventud Socialista Barcelonesa, convocan al pueblo al acto de controversia que se celebrará el viernes, día 10 del corriente, a las nueve y media de la noche, en el CINE MONTAÑA, calle Montaña (Clot), discutiéndose el siguiente tema:

¿Pueden las teorías propagadas por Carlos Marx traer la emancipación total del género humano, o bien es la filosofía anarquista la que puede traer su emancipación?

Bajo este tema discutirán por la Juventud Acrata, Pestaña y por la Juventud Socialista, Escorza

Esperamos la asistencia de todos aquellos que se interesan por las ideas a debatir.

La Comisión